

ISSN: 0213-2060

¿LA VIDA ES SUEÑO? ECOS DE SOCIEDAD, GÉNERO Y CRÍTICA  
DE LAS COSTUMBRES EN LA LITERATURA CATALANA  
DEL PRIMER RENACIMIENTO (SIGLOS XIV-XVI)\*

*Is Life a Dream? Echoes of Society, Gender and Customs Criticism in Early  
Renaissance (14<sup>th</sup>-16<sup>th</sup> Centuries) Catalan Literature*

Rafael NARBONA VIZCAÍNO

*Departament d'Història Medieval. Facultat de Geografia i Història. Universitat de València. Avda. Blasco Ibàñez,  
n.º 28, 7º. E-46010 VALÈNCIA. C. e.: rafael.narbona@uv.es*

Recibido: 2010-05-18

Revisado: 2010-06-20

Aceptado: 2010-09-03

BIBLID [0213-2060(2010)28;125-152]

RESUMEN: La literatura elaborada en las sociedades urbanas bajomedievales permite aproximarse al ideario cultural que sostuvo las relaciones de género entre hombres y mujeres. Los tópicos, las recriminaciones y las reivindicaciones expresadas en poemas y composiciones masculinas traslucen las complejidades sociológicas y demográficas, a la vez que sirven para entender la construcción de valores en el imaginario colectivo.

*Palabras clave:* Literatura catalana medieval. Sociedad urbana medieval. Relaciones de género. Mujer en el imaginario masculino.

ABSTRACT: The literature produced in late medieval urban society can approach the cultural ideology that said gender relations between men and women. The topics, recriminations or the claims expressed in male poems and compositions foreshadow the

\* Este trabajo ha sido realizado en el marco del proyecto «Elites sociales y estructuras económicas comparadas en el Mediterráneo occidental (Corona de Aragón, Francia e Italia) en la Baja Edad Media», dirigido por P. Iradiel, HAR2008-0639 del Ministerio de Ciencia e Innovación.

sociological and demographic complexities, while useful to understand the construction of values in the collective imagination.

*Keywords:* Medieval catalan literature. Medieval urban society. Gender relations. Women in the male imaginary.

SUMARIO: 0 Introducción. 1 El contexto sociológico. 2 La imagen cautivadora de la mujer fascinante que es requerida. 3 La consideración de los defectos y de las virtudes femeninas. 4 ¿Afirmación femenina o presión de los jóvenes para acceder a las mujeres? 5 La dominante masculinidad. 6 La mala mujer: la mujer temida. 7 De las conclusiones posibles a las probables.

## 0 INTRODUCCIÓN

Con esta pregunta de inspiración calderoniana intento aquilatar la lectura histórica de algunos contenidos literarios, seleccionados estos con el objetivo de presentar las notabilísimas referencias que encierran respecto a los usos y modos vigentes en la sociedad urbana bajomedieval. Estos textos han sido impregnados de los valores morales imperantes de forma hiperbólica a través de los juicios que emiten, e incluso permiten presentar ciertas facetas tautológicas vigentes en los ambientes culturales, un terreno poco practicado por los medievalistas aun cuando presenta inequívocas posibilidades de contextualización de las ideologías, tantas al menos como las muy leídas crónicas reales<sup>1</sup>. De hecho, el sueño permitió experimentar alambicadas mezclas entre realidad y fantasía, entre cotidianeidad y ensoñación, que con talante descriptivo o imaginativo son tópicos y permiten afrontar de forma calidoscópica el peculiar carisma de la sociedad cuatrocentista.

No fue extraordinario que el sueño se presentase como recurso literario idóneo para aceptar o para proyectar la realidad a niveles subjetivos o imaginarios. Tampoco fue desdeñable esa oportunidad para presentar con cierta libertad las inquietudes que engendraba la sociedad contemporánea del autor, coincidente siempre con la del relato. En ambos casos y mediante un sueño específico se dejaba la puerta abierta a las más diversas entelequias, un recurso a la ficción –didáctica o no– que supuso también una ocasión idónea para esbozar anhelos y valorar situaciones si no para realizar una crítica parcial, y a veces demoleadora, de las circunstancias vividas. Espejo que devuelve una imagen deformante o ilusión traumática que altera el reino de la normalidad y de la razón, los testimonios literarios pertenecen a una época precisa y se insertan en un modelo cultural

<sup>1</sup> No pueden desconocerse las más que notables aportaciones derivadas de los análisis de la literatura decimonónica para la explicación del discurso sobre la moral burguesa; y tampoco resultan desdeñables los estudios sobre la pintura renacentista y barroca que, desde la historia del arte, han desentrañado la compleja simbología condensada en las representaciones. Sobre los vivos testimonios que aporta la literatura y el tratamiento de lo imaginario en el mundo medieval, como camino de aproximación a la vida cotidiana, cfr. la segunda parte del vol. 2 de DUBY, G. (dir.). *Historia de la vida privada. De la Europa feudal al Renacimiento*. Madrid: Taurus, 1990, pp. 313-389. Para el caso valenciano cfr. CERVERÓ, L. «La literatura com a font històrica. L'agençament personal en la València del segle XVI». *L'Espill*, 1989, vol. 25, pp. 35-42.

concreto y, si aquellos no llegaron a describir con nitidez hechos y personajes históricos sí que recurrieron a marcos, circunstancias y fenómenos reconocibles en tiempo y lugar con un fin cómico o dramático, calados siempre de los axiomas ideológicos de la cultura. No es casual que la literatura sea considerada una ciencia, una ciencia de la ideología, al ser entendida como expresión socio-cultural que permite analizar las experiencias vitales, sobrecargadas estas del sentido de lo cotidiano, es decir, de una parte sustancial de la cultura popular, tal y como se entiende en la perspectiva bajtiniana<sup>2</sup>.

El recurso onírico abunda en la literatura medieval asociado de un modo u otro a la figura de un viejo sabio, inexcusable portavoz de la experiencia y de los lastres del pasado que –admirados o denostados– inducían a los personajes a la reflexión. Sin embargo, en el cuatrocientos mallorquín, valenciano y catalán, la lírica deriva de forma cruda hacia la crítica de las costumbres, un fenómeno atribuible a unas sociedades urbanas hedonistas, vanidosas y opulentas, y, por tanto, los típicos pretextos invocados para convocar a las musas quedaban muy alejados de los primeros cánones medievales. Por ejemplo, la doble excusa del sueño y del anciano habían servido hasta para pautar el comportamiento y para elaborar la historia desde unas perspectivas épicas. Ahora bien, muy poco quedó de los pretextos que en la doctrina de Ramon Llull debían haber inspirado a los caballeros noveles, ni tampoco perduró rastro de la visión providencial y de la misión gloriosa encomendada por un venerable anciano a Ramon Muntaner al calor de sus apacibles sueños en la alquería de Xirivella<sup>3</sup>. Respecto a estos y otros casos los nuevos artificios literarios apenas experimentaron variación, aunque los fines se demostraron muy distintos entre las más destacadas plumas de la lírica cuatrocentista. De hecho, los autores seleccionados en cierta manera también quedaron retratados en su propia obra, transformando la creación literaria en un testimonio susceptible de dotar de verosimilitud al relato. Conviene referir algunos de esos pretextos o desencadenantes tan comunes, asociados en cada caso a criterios argumentales diferentes.

Bernat Metge padecía un atormentado sueño en la medianoche de un viernes, recogido en la soledad de su estudio, allí donde se encontraba privado de libertad, un motivo aceptado como verídico o ficticio por los estudiosos, pero en cualquier caso coetáneo a las turbulencias y al vacío de poder de la corte aragonesa tras el fallecimiento de Juan I. Fue en ese momento de intranquila dormición cuando –según narra– se le apareció el difunto monarca, acompañado de dos misteriosos personajes –el viejo Tiresias y el joven Orfeo– y de una recua de rapaces y de perros. Con ellos iniciaría unas

<sup>2</sup> Cfr. MANTECÓN MOVELLÁN, T. A. (ed.). *Bajtin y la historia de la cultura popular. Cuarenta años de debate*. Santander: Universidad de Cantabria, 2008, p. 374.

<sup>3</sup> En el prólogo del *Llibre de l'orde de cavalleria* de Ramon Llull, redactado en torno a 1276, un escudero dormido sobre su cabalgadura se adentró en un bosque, donde un sabio y anciano caballero vivía retirado del mundo como ermitaño, el cual, conociendo la voluntad del joven de viajar a la corte para armarse caballero, le entregó un libro donde se recogían las reglas para alcanzar y respetar aquel sublime rango, quien lo presentó al rey con el fin de que todos lo leyesen y aplicasen. Cfr. la edición de A. Soler i Llopart, Barcelona: Barcino, 1988, pp. 161-165. Por otra parte, la crónica de Muntaner comenzó a ser redactada en 1325 y concluida en torno a 1328. Cfr. *Crònica de Ramon Muntaner*. A cura de M. Gustà, pròleg de J. Fuster. Barcelona: Edicions 62-La Caixa, 1990, cap. 1, pp. 22-23. Durante sus sueños el viejo ordenó de forma reiterada e imperativa a Muntaner que escribiera un libro relatando las maravillas, guerras, batallas, victorias y aventuras de su larga vida para honor de Dios, de la Virgen y de la casa real de Aragón.

profundas disquisiciones que afectaban a la existencia del alma, al sentido de la muerte, del purgatorio y del más allá, que, sin embargo, cambiaron repentinamente a mitad de la obra para dar paso a temas inicialmente más triviales, como el amor, la mujer y la vida marital. Por tanto, se creaba un evidente contraste entre la desconocida vida de ultratumba y la reconocida experiencia existencial. Tras su relato Metge despertó triste y desconsolado.

Anselm Turmeda se durmió a la sombra en un jardín, fresco y florido, para librarse del abrasador sol de la mañana. Entre las tinieblas del sueño escuchó las voces de un animado parlamento, que gestado por una reunión de animales terminaría por incorporarlo a un debate en el que se pretendía dilucidar la atribuida superioridad humana sobre el reino animal, aunque, eso sí, después de haber sido despertado bruscamente por el griterío de la fauna congregada. Tras recuperar la consciencia, la charla derivaría hacia anécdotas mundanas en las que se ponía de manifiesto cómo los sentidos corporales y las pasiones del espíritu dominaban a los hombres.

Durante un angustioso sueño Jaume Roig recapitulaba las amarguras provocadas por sus experiencias amorosas, pero obstinadamente adoptaba la decisión de contraer matrimonio una y otra vez. Fue entonces cuando se le manifestó el sabio Salomón, quien con un largo discurso le enunció las miserias y los engaños que utilizaban las mujeres –según los ejemplos bíblicos, de la antigüedad, de las historias medievales–, con los que justificaba la nefasta biografía del protagonista. La lección soñada resultó tan convincente que el Roig literario, liberado de las congojas con que le atormentaba el pasado y de las angustias que le deparaba el futuro, decidió abandonar la idea de volver a contraer esponsales para iniciar, ya anciano, una vida dedicada a la contemplación y a la penitencia, teniendo como única referencia femenina a la modélica Virgen María.

Joan Joan a través de la pluma de Jaume Gassull describe un largo sueño que tuvo una noche mientras dormía plácidamente en su alquería de Museros. Soñaba que una noche iba por los tejados en busca de amante hasta que llegó a la alcoba de una dama recién parida, a la que hizo compañía hasta que les sorprendió el alba y, con él, la posibilidad de dejar al descubierto aquella visita clandestina, sin otro remedio que esconderse bajo el lecho durante toda una jornada. Oculto en aquel espacio íntimo escuchó las conversaciones jocosas y subidas de tono de las comadres que visitaron a la dama madre, quedando estupefacto por cuanto allí se dijo en favor del amor de los jóvenes y en contra de los deseos amorosos de los viejos. Tan solo la contundente conclusión de la discusión devolvería a Joan desde la fantasía onírica hasta la realidad, interrumpiendo la ficción literaria.

Pese a la diversidad de estilos y de historias relatadas, estas y otras, en conjunto, presentan muchos lugares comunes: las relaciones de género, el choque generacional, la sexualidad, la misoginia o el anticlericalismo, con una referencia ácida del costumbrismo urbano y de la vida íntima de la pareja. Los desencadenantes del discurso masculino son tanto el poderoso encanto y la apreciación de la belleza, como la deseada sensatez y el fatuo comportamiento femeninos. Estos autores y sus personajes de ficción –a menudo– eran varones y respondían a un simétrico efecto, tanto al punzante atractivo como al obstinado rechazo –según las ocasiones– de la gestualidad y de la conducta de las mujeres. Solo excepcionalmente los personajes que se expresaban en los textos fueron

mujeres, como en *Lo somni de Joan Joan* o en el *Col·loqui de les dames*, pero aun así estas no eran más que voces masculinas que hablaban a través de la boca de aquellas y, de este modo, se expresaba de forma androcéntrica la representación positiva o negativa de la feminidad. Es decir, la mujer aparecía en todos los casos como un sujeto pasivo en la consideración literaria, y desde esa exclusiva creación masculina se proyectaban los temores y las ansiedades respecto al otro sexo, sirviéndose para conseguirlo de la presentación mordaz de los vicios y de las virtudes femeninas, pero también —no hay que olvidarlo para evitar una visión sesgada— dejando constancia de las circunstancias masculinas, de los deseos y de las realidades matrimoniales coetáneas.

Todavía cabe ir más allá en la interpretación de esa sustitución de voces, pues, según se ha propuesto, el discurso literario no pretendía explicar la realidad femenina sino subrayar los riesgos derivados de lo que se consideraban peligrosos excesos de las mujeres, contemplados por una mirada sabia y masculina, capaz de construir mediante aquellos textos una representación social de índole moral, que atestaba tanto la estrecha vigilancia a que era sometida la cotidianeidad de las mujeres como la necesidad de imponer límites a sus comportamientos desmesurados y deshonestos. Del mismo modo, el recurso a lo cómico y a lo grotesco para presentar las relaciones con el género femenino, para caracterizarlo y conceptualizarlo, ha sido interpretado como signo de menosprecio o de consideración peyorativa y denigrante de la condición de la mujer, aunque en los casos analizados tampoco se escapan de la ridiculización ni sus amantes, ni enamorados, admiradores o maridos engañados, lo que viene a ratificar la idea de que el recurso a la risa en la cultura popular fuera una estrategia para concitar y asumir los más pavorosos miedos<sup>4</sup>. En cualquier caso, como veremos, la mirada masculina se demuestra doble por doquier: tentación y gusto por los encantos femeninos, de un lado, y escándalo y reproche por sus fascinantes actitudes, de otro.

## 1 EL CONTEXTO SOCIOLOGICO

*Lo somni* de Bernat Metge fue compuesto entre 1396 y 1399. Este curial barcelonés, iluminado por sus numerosas lecturas, elaboró uno de los primeros textos que apuntaban la introducción del humanismo en la Corona de Aragón<sup>5</sup>. Con el sueño presentaba una autojustificación exculpatoria de los posibles errores en que pudiera haber incurrido como secretario, consejero y administrador de confianza en la corte de Juan I, dado que el acceso al trono de Martín el Humano supuso la depuración procesal de la camarilla hasta entonces todopoderosa<sup>6</sup>. No obstante, esta presunta autobiografía no resulta una

<sup>4</sup> Cfr. la introducción de N. Z. Davis y A. Farge a DUBY, G. y PERROT, M. (dirs.). *Historia de las mujeres en Occidente*. Madrid: Taurus, 1992, tomo 3, pp. 11-12. También ARCHER, R. *Misoginia y defensa de las mujeres. Antología de textos medievales*. Madrid: Cátedra—Universitat de València—Instituto de la Mujer, 2001, pp. 33-36.

<sup>5</sup> Cfr. MONTOLIU, M. de. *Eiximenis, Turmeda i l'inici de l'humanisme a Catalunya: Bernat Metge*. Barcelona: Alpha, 1959, pp. 101-124.

<sup>6</sup> Cfr. MITJÀ, M. «Procés contra els consellers, domèstics i curials de Joan I, entre ells Bernat Metge». *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, 1957-1958, vol. 27, pp. 375-379.

confesión sino el relato de una experiencia ficticia a la que ya había recurrido antes<sup>7</sup>. En esta ocasión Metge se presentaba privado injustamente de libertad tras la inesperada desaparición del monarca. El accidente durante una cacería y la muerte de aquel sin confesión engendraron remordimientos entre el reducido grupo de cortesanos que, angustiados por las posibles medidas a adoptar por Martín, se preguntaban sobre el futuro inmediato, tanto para el alma del rey difunto como de su propia suerte, pues a la duda gestada en torno a la posibilidad de que alguien hubiera accedido al Paraíso durante el Cisma de la Iglesia –acentuada por la no administración del viático– había que sumar la incertidumbre política que generaba el acceso al trono del infante Martín, cuanto menos segregado si no excluido del hermético círculo francófilo de su hermano Juan I<sup>8</sup>. El cuestionamiento de las causas que provocaron la muerte del rey, las dudas sobre su suerte en el otro mundo, la desconfianza respecto a la inmortalidad del alma, el interrogatorio al propio Juan I y la explicación de la aparición del mismo ante el autor, nutren el tema teológico y filosófico de los dos primeros libros de *Lo somni*; el principio del libro tercero está dedicado a la descripción del infierno y a narrar las historias de los dos personajes que acompañan al rey; y la segunda parte del mismo más el libro cuarto tienen un tono más propio de la comedia satírica, dejando de lado los temas espirituales y adentrándose en otros como el amor y las mujeres, mediante el contraste de opiniones formuladas entre el anciano y misógino Tiresias, el joven y desencantado Orfeo, y el propio autor, campeón en la defensa de las mujeres.

*La disputa de l'ase*, es obra de Anselm Turmeda, franciscano mallorquín, apóstata, que terminó convertido en Abdallah al-Tarjuman. En torno a 1384 o 1389 entró al servicio del soldán de Túnez, como traductor, jefe del puerto, de la aduana y después de la hacienda real, donde continuó escribiendo hasta el final de sus días. La persecución inquisitorial solo permitió la supervivencia de una única versión de la obra, impresa en traducción francesa de mediados del siglo XVI, aunque a principios de esa misma centuria había sido publicada en catalán en la ciudad de Barcelona. Su argumento principal es filosófico, tomado de una fuente árabe oriental y enriquecida con los añadidos de las historias anticlericales, pues como otros textos de Turmeda contiene una fuerte carga irónica y escéptica respecto al credo cristiano<sup>9</sup>. Si su obra *El present del lletrat contra els*

<sup>7</sup> El desengaño personal generado por la injusticia, el maltrato, la envidia y las sospechas infundadas, ya sirvieron a Metge en 1381 para la redacción de *Llibre de Fortuna e Prudència*, donde se presentaba paseando junto al mar, inmediatamente después de alzarse del lecho, y donde padecía el engaño de un anciano que le invitó a subir a una barca, la cual fue arrastrada mar adentro hasta llegar a una isla solitaria donde dialogaría con la Fortuna y la Prudencia sobre temas filosóficos. Tras aprender sus lecciones, finalmente, regresó a Barcelona, donde decidió encerrarse en su hogar para evitar la maledicencia de las gentes. También en *Medicina* anotó que su situación personal le incitaba a tomar la pluma para elaborar una receta contra cualquier mal. Cfr. *Obres menors de Bernat Metge*. Text, introducció, notes i glossari per M. Olivar. Barcelona: Barcino, 1987, pp. 52-56.

<sup>8</sup> Sobre la concatenación de la coyuntura política cfr. METGE, B. *Lo somni*. Edició crítica de S. M. Cingolani. Barcelona: Barcino, 2006, pp. 37-48.

<sup>9</sup> Siguiendo las habituales prácticas de los autores de la época, Turmeda, como Metge, tradujo diversas historias. En este caso la procedencia árabe del cuento se suma a la adaptación previa de la *Dottrina dello Schiavo de Bari* en el *Llibre de bons amonestaments*; cfr. *Obres menors de Anselm Turmeda*. Text, introducció, notes i glossari de M. Olivar. Barcelona: Barcino, 1927, reimpressió de 1987, pp. 5-12.

*seguidors de la creu cristiana*, escrita en árabe en torno a 1420, tiene cariz doctrinal, está dirigida a un público islámico y constituye un ataque directo contra su antigua fe, por el contrario, la *Disputa* está datada en Túnez en 1418 y manifiesta cierto naturalismo zoológico de sintonía franciscana<sup>10</sup>.

De su título se puede deducir que es una fábula, cuyo objetivo no es otro que demostrar la superioridad del hombre sobre los animales, al haberse encarnado Dios en esa especie y no en otra. La disputa toma forma con un diálogo entre un asno roñoso y sin cola, designado procurador por el rey de los animales –aun siendo el más inmundo y menospreciado de todas las especies– para desmontar los argumentos que se le ofrecen<sup>11</sup>. El repugnante portavoz rebatía de forma contundente los enunciados del fraile mediante la comparación de las presuntas virtudes humanas con las de los animales. Los razonamientos fueron refutados uno a uno con la valoración iconoclasta de las miserias humanas, tanto por parte del asno como por los más insignificantes insectos y parásitos, sin dejar de señalar en cada ocasión el carácter irreflexivo e ignorante de Turmeda. Por tanto, la *Disputa* es una obra jocosa y burlesca en la que se cuestionan los valores sociales vigentes así como las actitudes materialistas del clero, porque el asno introduce ocho historias que caricaturizan la necedad, las debilidades humanas y la absoluta ausencia de valores espirituales de frailes y capellanes, lo que permite entroncar parte de ese libro con el realismo más o menos coetáneo y renacentista de Boccaccio, Chaucer, Martínez de Toledo o Villon, con temas muy bien ensayados en la literatura picaresca castellana<sup>12</sup>.

Entre aquellas proposiciones el fraile apuntó una, referida a la vida casta y sin pecado que caracterizaba a los religiosos, lo que dio pie a la narración de una serie de historias con las que se ilustraron los pecados capitales, y en las que se consideraba a todos los franciscanos y dominicos –salvo contadas excepciones– como hombres mundanos y lujuriosos<sup>13</sup>. En Tarragona, un dominico cobraba el diezmo sexual a una recién casada, tasa calculada matemáticamente en base al número de relaciones mantenidas por aquella con el esposo, lo que obligaba regularmente al confesor a acudir al domicilio de la esposa casada para continuar la recaudación. En Perugia (Italia), la lujuria de los clérigos se cebaba sobre las mujeres casadas hasta engendrar una rebelión de los ciudadanos –más subyugados que los judíos, según se dice– que acabaron convirtiendo el dominio abacial en una comuna urbana. En Mallorca, un fraile simoníaco atesoraba florines administrando perdones, dinero que pensaba utilizar para su promoción eclesiástica, lograr el retiro y vivir de los réditos de sus inversiones comerciales. También allí tres franciscanos se burlaron y apalearon a un laico para demostrar su escasa templanza y manifiesta ira. En Cambrils, la gula de unos franciscanos les obligaba a mentir cuando visitaban el domicilio

<sup>10</sup> Cfr. *Disputació de l'ase contra frare Anselm Turmeda sobre la natura i noblesa dels animals, feta i ordenada pel dit frare Anselm, en la ciutat de Tunis, l'any 1417*. Pròleg de M. de Epalza. Mallorca: Editorial Moll, 1992, pp. 7-11. En sus últimos años de vida, Turmeda elaboró *El present del lletrat*, donde una primera parte autobiográfica y justificativa de su conversión al islam da paso a otra teológica en la que argumenta ese credo como mejor religión; que las escrituras cristianas han sido falsificadas; que Jesús no es Dios sino hombre y profeta; y que todo lo cristiano yerra y es absurdo. Cfr. TURMEDA, A. *Autobiografia i atac als partidaris de la creu*. Introducció de M. de Epalza i traducció de M. de Epalza i I. Riera. Barcelona: Curial, 1978, pp. 63-67.

<sup>11</sup> Cfr. MONTOLIU, *Eiximenis, Turmeda i l'inici de l'humanisme a Catalunya*, pp. 87-95.

<sup>12</sup> Cfr. *Disputació de l'ase contra frare Anselm Turmeda*, pp. 200-208.

<sup>13</sup> Cfr. *Ibidem*, pp. 124-161.

de un capellán amancebado, sin otro fin que participar de los manjares cocinados por la barragana. El señor de Falset, en Tarragona, pretendía recompensar a dos frailes, uno franciscano y otro, dominico tras sus respectivas predicaciones, los cuales envidiándose los posibles premios expresaron sus deseos para perjudicar al compañero, solicitando y obteniendo doscientos bastonazos el franciscano y cuatrocientos el dominico. Los juegos y fiestas de la celebración del heredero del reino animal son los que despertaron de su sueño a Turmeda.

*L'Espill o llibre de les dones*, de Jaume Roig, constituye la narración de un itinerario biográfico, comenzado con la niñez, continuado con su juventud y prorrogado con sucesivos matrimonios, hasta descartar ya en la senectud cualquier posibilidad de una nueva vida en pareja. El resultado es un conjunto de historias concatenadas que describen con cruda sátira la vida matrimonial, con la que el autor pretendía avisar a su sobrino Baltasar Bou. El antihéroe del relato padece una y otra vez desengaños y picarescas sucesivas, derivadas exclusivamente de su relación con las mujeres, que contrastan sobremanera con la modélica biografía de Jaume Roig, pacíficamente casado con Isabel Pellicer, padre de seis hijos y de reconocida honorabilidad profesional en su ciudad. La obra fue redactada en Callosa d'En Sarrià durante 1460, lugar que pertenecía a su sobrino, donde el autor encontró refugio de una epidemia pestífera enquistada en Valencia<sup>14</sup>.

La orfandad obligó al biografiado a ingresar en un hospital durante su primera infancia, hasta que logró entrar al servicio de un caballero, aunque salteador de caminos en Cataluña. Cuando retornó a Valencia encontró a la madre casada en segundas nupcias y, por ello, se vio obligado a marchar de su hogar, en este caso a París, donde se instaló en casa de una mujer parricida. Enrolado en la guerra contra los ingleses, llevaba una vida de soldado, entre torneos y fiestas, convertido en amante de una burguesa que adormecía al esposo para facilitar los encuentros, hasta que finalmente le administró tal cantidad de sustancia que nunca más despertó. Licenciado del ejército, retornó rico a su ciudad natal, donde pretendía establecerse: contrajo matrimonio con una doncella caprichosa que, según descubre, ya había estado casada antes, de la cual se separó legalmente para peregrinar a Santiago de Compostela. Más tarde encomendó la gestión de su domicilio a una beguina que parecía hacendosa y bienintencionada, con la que se casaría, aunque se demostró una consumada alcahueta. Después probó con una viuda, que hizo pasar como propio al hijo de la niñera, que muere y provoca su suicidio. Más tarde, contrajo nuevo matrimonio con una novicia, que se negó a amamantar al hijo y sustituyó continuamente a sus nodrizas, hasta que terminó causándole la muerte. Tras los desengaños el sueño de Salomón lo convenció de que debía abandonar definitivamente esa loca idea, dada la maldad innata de las mujeres. A lo largo del relato se describen otros personajes femeninos grotescos, como la tabernera de París que cocinaba carne humana; como la aragonesa condenada a muerte, quien para evitar el patíbulo se preñaba continuamente en la prisión; o como las monjas que a toda costa deseaban escapar del convento. Esas anécdotas tangenciales acompañan los estereotipos descritos de la mala madre, la casada adúltera, las malas esposas (doncella, viuda o la beguina), presentando como perniciosas

<sup>14</sup> Cfr. ROIG, J. *L'Espill o llibre de les dones*. Edició a cura de M. Gustà i pròleg de J. Bergés. Barcelona: Edicions 62-La Caixa, 1978, pp. 10-18. Sobre la dedicatoria de la obra a Baltasar Bou, cfr., p. 27.

todas las posibilidades de relación hombre y mujer. En la lección final solo libra de la tipificada sordidez a su esposa, Isabel Pellicer, y a la Virgen María.

*Lo somni de Joan Joan* fue redactado por el caballero valenciano Jaume Gassull en 1497 y constituye el colofón a otra obra precedente de carácter colectivo, *Lo procés de les olives*, datada en 1496, en la que distintos interlocutores debaten desde dos posturas diametralmente opuestas<sup>15</sup>. Si en el *Procés* unos tertulianos defienden que los viejos no han de hacer el amor y otros argumentan que sí, por el contrario en *Lo somni* son las mujeres quienes exponen los pros y los contras sobre el mismo asunto, siendo escuchadas sus digresiones por un Joan Joan oculto bajo la cama de una dama que acaba de parir. Desde su redacción las dos obras tuvieron una edición impresa conjunta al poseer ambas un tono procesal y erótico que pone de manifiesto los gustos y las formas de seducción<sup>16</sup>. En ambos casos las situaciones se plantean como parodia de verdaderos pleitos, pues necesitan abogados, procuradores de las partes y jueces civiles para dirimir la cuestión mediante el pronunciamiento de una sentencia. Si en *Lo procés* Joan Moreno defendía la opción amorosa de los viejos, sostenido por Jaume Gassull y por Narcís Vinyoles, en *Lo somni* las mujeres –acusando a los viejos– reclamaron a micer Artés como abogado y a micer Despí como procurador ante el requerido juicio de la diosa Venus.

Con las composiciones se presenta un enfrentamiento dialéctico entre juventud y vejez, potencia e impotencia, erotismo y sarcasmo, siempre en clave humorística donde abundan las metáforas sexuales y los temas venéreos<sup>17</sup>. El *Procés* se inicia cuando Bernat Fenollar, capellán de la catedral de Valencia, se dirige a Joan Moreno, notario, para preguntarle cómo extrae el hueso a las olivas y cómo saca al caracol de su caparazón, porque él no podrá hacerlo sin dientes ni encías, en clara alusión a la relación amorosa y sexual con las mujeres. Moreno responde con sus rimas asegurando que tiene dientes fuertes para extraer el hueso, tanto como para quitar la vaina y sacar el caracol, haciendo crecer la saliva por la boca y las encías. Fenollar aduce que en la edad madura se finge la potencia, que el caracol está mustio y que no se pueden comer las olivas. Moreno replica que como buen cristiano cree en la Resurrección, etc. Queda así planteado el debate entre las virtudes potenciales de jóvenes y viejos, y por extensión en torno a las preferencias y necesidades femeninas en la obra colectiva *Lo procés de les olives*, ya que en la misma intervienen no solo los citados sino también Jaume Gassull, Narcís Vinyoles, Bernat Portell y el síndico de los pescadores, quien deseó mantener su anonimato en la discusión planteada.

En *Lo somni de Joan Joan* se complica la resolución del conflicto, porque las comadres que felicitaban a la dama madre iniciaron un coloquio desvergonzado en el que se preguntaron por todos los conocidos, hablaban mal del vecino, se intercambiaban remedios medicinales, alegaban fueros y leyes, sin dejar de pronunciar su parecer sobre el cielo y la tierra, la paz y la guerra, sobre el infierno, el invierno y el verano –según

<sup>15</sup> Sobre Gassull y su familia, cfr. GUIA, J. «Dades biogràfiques sobre Jaume Gassull». *Revista d'Història Medieval*, 1998, vol. 9, pp. 261-275.

<sup>16</sup> Cfr. GASSULL, J. *Lo procés de les olives* y *Lo somni de Joan Joan*. Estudi introductorio de S. Jàfer, edició de V. Pitarch i L. Gimeno. València: Eliseu Climent Editor, 1988, pp. 21-31.

<sup>17</sup> Cfr. JÀFER, S. «Un debat i un somni: la dialèctica eròtica a finals del segle xv». En *Lo procés de les olives – Lo somni de Joan Joan*, pp. 62-63.

se detalla— hasta que llegaron al tema de las atenciones sexuales que les brindaban sus esposos. Una de las visitantes alegó sin tapujos que tenía el huerto con el perejil seco; la otra que todo estaba yermo porque llovía solo de tarde en tarde; y así se suceden las quejas. Después de valorar los asuntos tratados ni más ni menos que por el gobierno municipal llegan al punto de haberse enterado de que cinco o seis hombres —entre ellos el jurado Narcís Vinyoles—, habían hablado largo y con licencia en perjuicio de las mujeres. Molestas, decidieron presentar un *greuge* —queja ante las Cortes para defender el sentido de los fueros y privilegios— y un *clam* —denuncia ante el Justicia— ya que aquel grupo de hombres se reunía con asiduidad en la casa de un eclesiástico muy sabido (Bernat Fenollar), donde se valoraron los gustos amorosos femeninos hacia los jóvenes o hacia los viejos, expresando opiniones que en ningún caso les pertenecían, ni a ellas representaban. El grupo se mostró unánime contra los argumentos de los viejos, los cuales en su opinión no debían ser amados, una pintoresca discusión en la que —según el narrador— ninguna quedó muda, presentando mil razones, en clara alusión a la intensa locuacidad y a la nutrida variedad de los debates femeninos. Sin parar plantearon numerosas referencias sobre temas venéreos, aunque callaron repentinamente cuando el médico entró en la alcoba para visitar a la parturienta.

## 2 LA IMAGEN CAUTIVADORA DE LA MUJER FASCINANTE QUE ES REQUERIDA

A mitad de camino en sus largos periplos entre Europa y los reinos ibéricos, por mar y por tierra, dos viajeros se detuvieron algunas jornadas en la Valencia de finales del siglo xv y principios del siglo xvi. Los dos dejaron registrados en sus libros de notas las particularidades de las ciudades que visitaron y las costumbres de sus habitantes, ejerciendo de curiosos observadores de la geografía humana en el cambio de siglo. Pese a su demostrado cosmopolitismo ambos se hicieron eco de unas circunstancias llamativas e inusuales en sus experiencias urbanas e internacionales, quedando prendados del impacto visual que les proporcionaron la belleza y la actitud de las mujeres valencianas. La estancia de Jerónimo Münzer se produjo en octubre de 1494 y la de un anónimo mercader milanés en febrero de 1519, pero tanto el alemán como el italiano quedaron anonadados por lo que vieron en Valencia. El milanés anotaba que *le femine sono assay belle, ma sono tantto gentile e di tanta bonna mayniera que pareno etiam più belle di quello che sono*. Después procedía a describir su atuendo. El alemán, tras dejar constancia de los gustos femeninos locales por la cosmética, indicaba que *es costumbre suya el pasear todo el pueblo, de ambos sexos, por las calles desde la tarde hasta avanzada la noche, en tanta aglomeración que los creerías en ferias. Sin embargo, nadie molesta a los demás*<sup>18</sup>. Es decir, los recursos femeninos eran atestados estéticos y escénicos, y ya entonces antiguos, según había condenado más de cien años atrás el fraile Francesc Eiximenis, consejero áulico de los Jurados valencianos.

<sup>18</sup> Cfr. MÜNZER, J. *Viaje por España y Portugal (1494-1495)*. Madrid: Polifemo, 1991, pp. 39-59; y *Un mercante di Milano in Europa. Diario di viaggio del primo Cinquecento*. A cura di L. Monga. Milano: Jaca Book, 1985, pp. 25 y 143.

Al hacerse eco de las modas y de los modos de las mujeres, los dos viajeros hacían notar que a diferencia de otros lugares por ellos visitados, antes y después de acabar sus respectivos viajes, aquellas actitudes y las formas de sociabilidad femeninas provocaban al unísono atracción y rechazo. Si el aderezo, los gestos y la exhibición estética aumentaban extraordinariamente los encantos femeninos y propiciaban una actitud masculina galante, al mismo tiempo también engendraban recelos. El carisma de aquellas demostraciones de género no fue ni esporádico ni pasajero en aquel tiempo, y sin caer en los abismos de la vida licenciosa propia del burdel o de algún mal afamado monasterio, quedó recogida en la literatura europea. El poeta portugués Sà de Miranda celebraba que en *os jardins de Valença d'Aragao, donde o amor vive e reina*; el novelista italiano Matteo Bandello nombraba a la *gentile e nobilissima Valenza; in tutta Catalogna non è più lasciva ed amorosa città*, loando la sabiduría amatoria de las valencianas, *bellissime e vaghe*; y el asturiano Alonso de Proenza calificaba a la ciudad de *rico templo donde Amor siempre haze su morada*<sup>19</sup>.

El éxito y la difusión social de esos comportamientos sociológicos fue acorde a la tradicional e ingente reacción de los moralistas. Los sermones, los tratados de buenas costumbres o las leyes suntuarias de la ciudad intentaron coartar durante años y años los presuntuosos vestidos, la proliferación de adornos y joyas, las promiscuas relaciones sociales de las festividades familiares, e incluso el habitual recurso a maquillajes, cosméticos y perfumes, todos los cuales ratificaban una actitud femenina muy acorde con la moda y los gustos renovados, que al mismo tiempo que engendraban percepciones fascinantes y eróticas de las mujeres también favorecían las posiciones escandalizadas y reprobatorias<sup>20</sup>. La expresión de esta doble percepción se singulariza en las características tertulias del ambiente cultural valenciano de finales del siglo xv, en donde poetas de cualquier talla se mostraron dispuestos a hacerse un hueco en los salones más refinados, y a dejar escrito sobre el papel tanto la percepción masculina de los seductores encantos femeninos como el gusto femenino por una deslumbrante compostura pública.

Los locuaces gineceos fueron concebidos y presentados con detalle por Jaume Roig, Jaume Gassull, Antoni Canals o Joan Roiç de Corella en sus tramas literarias. La documentación demuestra su existencia gracias a la supervivencia de un debate epistolar de tema amoroso entre el expresivo capellán Bernat Fenollar; Simó Pastor; un anónimo servidor del Adelantado de Murcia; y la enigmática Isabel Suaris, dama cultivada que todavía no ha sido identificada con seguridad en la Valencia de mediados del siglo xv. Aquella acogía una tertulia poético-literaria en su domicilio, cuyos

<sup>19</sup> Cfr. SANCHÍS GUARNER, M. *La ciutat de València. Síntesi d'història i geografia urbana*. 5.<sup>a</sup> ed. València: Ajuntament, 1989, p. 205. También cfr. FUSTER, J. «Sobre una fama antiga dels valencians». En *Estudis d'Història Cultural*. Castelló: Universitat Jaume I, 1992, pp. 101-106.

<sup>20</sup> Sobre las diferencias entre belleza natural, loada por los moralistas como creación divina, y la belleza artificial o pecaminosa, vulgarizada esta entre todos los niveles sociales y que como expresión del gusto femenino llegaba casi a definir una posición de género, cfr. IRADIEL, P. «Tenir cura del cos, tenir cura de la imatge: els paradigmes de la bellesa femenina a la València de la baixa Edat Mitjana». *Debats*, 1986, juny, vol. 16, pp. 4-19. Sobre la presentación del mismo fenómeno como corrupción de las costumbres y ocasión de exagerado desenfreno, combatidos por las voces que abogan por la pureza, frugalidad y recato del tiempo pasado, cfr. SANCHÍS SIVERA, J. «Vida íntima de los valencianos en época foral». *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, 1933, vol. 6, pp. 74-79.

asiduos eran conciudadanos y forasteros, admiradores todos, que le expresaban su amor platónico y loaban sus encantos. Por otra parte, la misma sor Isabel de Villena, abadesa del convento de la Trinidad de Valencia, recibía dedicatorias y petición de consejos literarios mucho antes de la publicación de su única obra, *Vita Christi*, en 1497 –reconocida como vindicación de la mujer–, sin que las tapias y el retiro espiritual se lo impidieran, permitiendo comprobar sus vínculos con los círculos literarios indicados<sup>21</sup>. Estos dos indicios permiten intuir la existencia de ciertos ámbitos en los que la fluidez de las relaciones de género se insertaba en unos espacios de ocio, poéticos o literarios, siempre presentados exclusivamente como masculinos. Si deseamos dar sentido social a *parlaments*, *col·lacions* o debates del talante referido no parece lógico excluir de ellos la presencia femenina, al menos como público oyente o lector, pues, si para Eiximenis la lectura era edificante para la mujer –ya en 1388–, en el círculo de comadres descrito por Jaume Gassull –de 1497– solo había una analfabeta que, por otra parte, deseaba aprender a leer y a la que aconsejaban que también aprendiera a escribir<sup>22</sup>.

La sociedad acomodada necesitaba de una sociabilidad grupal que habría de proyectarse necesariamente sobre la ficción literaria, en un medio en el que las reuniones vespertinas se erigían como mecanismo ideal para exponer esas composiciones sarcásticas, cuyo fin era el solaz y el divertimento, en unos juegos de sociedad donde ni se excluía el cortejo ni se desestimaba la búsqueda de cierto estilismo, aquel que habría de garantizar

<sup>21</sup> Cfr. FUSTER, J. «Lectors i escriptors en la València del segle xv». En *Poetes, moriscos i capellans*. València: Eliseu Climent Editor, 1986, pp. 55-56. Sobre el ambiente cultural que rodeaba a Isabel de Villena, cfr. HAUF, A. G. *D'Eiximenis a sor Isabel de Villena. Aportació a l'estudi de la nostra cultura medieval*. Barcelona: Institut de Filologia Valenciana–Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1990, pp. 303-309. La doble ascendencia regia de sor Isabel de Villena, su cuidada formación y alta alcurnia, la proximidad y confianza que sobre ella depositó Fernando el Católico, el reconocimiento intelectual y escriturario que le brindaron las autoridades eclesiásticas y los autores del momento, así como su función abacial al frente de unas monjas de procedencia aristocrática, etc., la convirtieron en oráculo de la ciudad de Valencia a mediados del siglo xv, pues a ella iban a consultarle los problemas más difíciles, a solicitar su ayuda o sus oraciones. El mismo Jaume Roig, médico del convento y administrador de sus finanzas, sin duda compartía con ella parte de sus quehaceres poéticos, algo indefectible en el seno del microcosmos formado por las elites políticas, nobiliarias y culturales de la ciudad, e incluso es posible intuir entre sus miembros la circulación de los manuscritos originalmente concebidos por sor Isabel para la formación espiritual de sus monjas. Precisamente la autora de la *Vita Christi* presentó una visión femenina de los evangelios al asociar el dolor de María al sufrido por su divino hijo. La evocación de los episodios dramáticos de la Sagrada Familia, usando alegorías con una óptica no exenta de elementos del presente vivido, lograron una perfecta adecuación de su discurso a una audiencia básicamente constituida por mujeres, tanto monjas como nobles damas e incluso, más tarde, la propia reina Isabel la Católica. Escogiendo y desarrollando los pasajes evangélicos de especial protagonismo femenino, sor Isabel lograba confirmar el papel de la mujer como mediadora de la gracia divina. Al presentar el drama de la redención humana desde este posicionamiento, la autora ha sido reconocida como antídoto contra las difamaciones misóginas de los medios literarios, aunque sus escritos están dedicados a glosar las biografías y episodios de la historia sagrada, donde difícilmente cabía la crítica a las costumbres de su época, que es el tema que ocupa este artículo. Cfr. HAUF, A. G. *La Vita Christi de sor Isabel de Villena (s. xv) como arte de meditar. Introducción a una lectura contextualizada*. Valencia: Biblioteca Valenciana, 2006, que acompaña la edición facsímil del texto original.

<sup>22</sup> Cfr. EIXIMENIS, F. *Lo libre de les dones*. Edició crítica de F. Naccarato, sota la direcció de J. Coromines. Revisió de C. Witllin i A. Comas. Barcelona: Universitat de Barcelona–Curial, 1981, vol. 1, cap. 56, p. 91, donde recrimina la actitud tradicional de los esposos que impedía la formación de sus mujeres. También *Lo somni de Joan Joan*, p. 204.

el éxito y el reconocimiento social de los poetas<sup>23</sup>. Para aquella sociedad letrada y acomodada los tiempos de ocio y el trato social llegaban a confundirse con las lecturas colectivas, la narración de historias divertidas y picantes, el recitado de clásicos, adivinanzas, versos, humor y sátira, que carecerían de cualquier sentido entre un público oyente exclusivamente masculino. Solo así pueden entenderse y adquirir coherencia las disputas entre viejos y jóvenes, que rivalizaban con sus ingeniosas rimas por el amor femenino, también el interés de las mujeres por mostrar sus preferencias ante los jóvenes o sobre la idoneidad de una pareja de esposos que contara con edades similares.

De hecho, el nutrido plantel de poetas que concurría a los habituales certámenes de finales de siglo fueron autores desconocidos, sin obra, capaces, no obstante, de lucirse con sus rimas mediocres junto a los más afamados literatos del momento. Solo así podían presentarse en sociedad, haciendo uso de prácticas asumidas y extendidas en la sociedad urbana, sin que el tema religioso que inspiraba las convocatorias de aquellos concursos constituyera problema alguno, pues era tan idóneo como cualquier otro en el polivalente currículo poético de los más afamados. La nómina de *lletraferits* (escritores) que, en 1474, concurrieron al certamen mariano que dio lugar a la edición del libro *Trobes en labors de la Verge Maria*, ascendía a cuarenta poetas de la más diversa condición. Sin que se plantearan recelos, vergüenzas o descalificaciones preliminares, y a pesar de sus heterogéneos gustos literarios, diferente categoría artística y grado de profesionalidad, la nómina abarcaba desde escribanos y estudiantes hasta consagrados poetas, prosistas y traductores de clásicos<sup>24</sup>. Caballeros, eclesiásticos, notarios, ciudadanos, profesionales liberales, etc., aprovechaban esas oportunidades para componer quizás los únicos versos que durante toda su vida llegaron a la imprenta, pero resulta muy difícil imaginarlos por vez primera y sin experiencia alguna en estos quehaceres. Más bien resultaría factible considerar que la mayor parte de ellos ya estaban curtidos en estas lides, con temas más circunstanciales y próximos al reconocido gusto de los círculos literarios, a los que habrían de acudir con cierta asiduidad y donde el estrecho margen de la ciudad de Valencia condenaba a las élites políticas y económicas a aceptar a aquellos que hacían gala de credenciales más o menos cultas. De hecho el acceso a la imprenta o la simple conservación de sus romances o canciones constituyó una suerte que solo beneficiaría

<sup>23</sup> Sobre la tertulia aristocrática, culta y ovidiana de la casa de Berenguer Mercader, alto funcionario regio que sucedió a su padre en la baillía general del reino de Valencia, descrita por Joan Roís de Corella; y sobre la tertulia burguesa patrocinada por el capellán poeta Bernat Fenollar, cfr. GUINOT, S. «Tertulias literarias de Valencia en el siglo xv». *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, 1921, vol. 2, pp. 40-45 y 65-76. También Cfr. JÁFER, «Un debat i un somni: la dialèctica èrctica a finals del segle xv», pp. 13-24.

<sup>24</sup> El virrey Lluís Despuig convocó el certamen mariano de 1474 con el auxilio y los contactos del omnipresente mosén Bernat Fenollar, muy relacionado con todos los cenáculos valencianos. La colección de poemas fueron recogidos y editados en una obra que lleva el título indicado, *Trobes en labors de la Verge Maria*; cfr. edición facsímil, estudi preliminar i transcripció de M. Sanchís Guarner, València: Caixa d'Estalvis i Mont de Pietat de València, 1974, en especial pp. XV-XXII. Sobre los antecedentes barceloneses de las justas poéticas de la *Gaia Ciència* y la regularidad y frecuencia de estos certámenes en la ciudad de Valencia entre 1474 y 1532 (incluyendo sus precedentes trecentistas) cfr. FERRANDO FRANCÉS, A. *Els certàmens poètics valencians del segle XIV al XIX*. València: Institució Alfons el Magnànim, 1983, pp. 38-69. También cfr. la introducción de J. Fuster a la obra de TIMONEDA, J. *Flors d' enamorats*. València: Edicions Albatros, 1973, pp. 8-12; y HAUR, *La Vita Christi de sor Isabel de Villena*, p. 24.

a una parte muy reducida de los escritores. Esos ingeniosos plumíferos conjugaban sus quehaceres profesionales con los versos, lo que les permitía mezclarse e incluso obtener cierto reconocimiento de las primeras espadas literarias, así como entre los notables y dignatarios, un medio social en el que no solo proliferaba la amistad sino también irremediablemente el parentesco<sup>25</sup>.

No sería difícil identificar a Isabel Suaris con Isabel Suau, hija de la noble Violant de Monsoriu y de Pere Suau, menor, ciudadano de Valencia, influyente patricio cuyo apellido estuvo incluido en la más selecta oligarquía que rigió los destinos de la ciudad de Valencia durante más de cien años. Si no se ha producido una lectura o una transcripción incorrecta del apellido latinizado (de Suau, Suavis, y por error Suaris) la transformación podría deberse a una mutación consciente, impuesta por la moda humanista, muy extendida entre los escritores del momento. Esta circunstancia daría sentido a los elogios y juegos de palabra con los que fue tildada la dama, ya que el sentido del apellido original (*suau*, suave) facilitaba la alusión a sentidos corporales, virtudes y posibilidades amorosas. Por otra parte, la datación de la tertulia en torno a 1460 permitiría identificar a Isabel Suau como pariente próxima –presumo que sobrina– de Manuel Suau, primer todopoderoso racional de Valencia entre 1435 y 1456 y, con ello, dotar de sentido no solo a su ilustre ascendencia (nobiliaria materna y ciudadana paterna) sino también a la adquisición de inusuales cualidades eruditas y literarias con las que era reconocida en los poemas<sup>26</sup>.

### 3 LA CONSIDERACIÓN DE LOS DEFECTOS Y DE LAS VIRTUDES FEMENINAS

A finales del siglo XIV dos libros de inspiración muy diferente comenzaron a poner en valor las cualidades femeninas en la corona de Aragón, siguiendo una pauta bien definida en la literatura europea. El *Libre de les dones* de Francesc Eiximenis, dedicado en 1388 a Sanxa Ximénez d'Arenós, condesa de Prades, recogía la tradición de la literatura católica y escolástica, con el fin de popularizar devotos principios con los que cuidar la salud y dar recta orientación a la vida de las mujeres, es decir, se ocupaba de glosar y encumbrar la vergüenza, la pureza, la virginidad y la castidad, valores sobre los que no cabe extenderse. Por otra parte, antes de acabar la misma centuria, *Lo somni* de Bernat Metge imitaba a los clásicos latinos y a los modernos italianos con un fin mundano: congraciarse con el rey Martín. Si el primero tenía un propósito ensayístico y formativo, el segundo pretendía cultivar, en principio, un género filosófico complejo, pero acababa desarrollando un análisis sociológico bajo el aspecto de un inocente entretenimiento.

En realidad el tratado de Eiximenis constituía un proyecto de catequesis franciscana destinado a pautar el comportamiento femenino, con especial insistencia en la reprobación de algunas actitudes y estéticas, consideradas tan pecaminosas como nocivas

<sup>25</sup> Sobre la coexistencia e indiferenciación grupal entre los círculos literarios cfr. FUSTER, «Lectors i escriptors en la València del segle XV», pp. 39-55.

<sup>26</sup> Cfr. CAHNER, M. «Debat epistolar entre Bernat Fenollar i Isabel Suaris». *Els Marges*, 1977, vol. 10, pp. 71-76. Y FERRANDO FRANCÉS, A. «Un precedent del bilingüisme literari valencià: la tertúlia d'Isabel Suaris a la València quatrecentista». *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, 1979-1982, vol. 38, pp. 105-131.

para la sociedad<sup>27</sup>. Pese a que en su preámbulo anunciaba pretensiones generalistas, lo cierto es que después de clasificar a las mujeres según su estado civil dedicaba la casi entera totalidad del libro a la formación teológica de las religiosas<sup>28</sup>. Las mujeres eran presentadas en cinco clases (niñas, doncellas, esposas, viudas y religiosas), dedicando pocas páginas a las cuatro primeras y, entre ellas, prestaba la máxima atención a las mujeres casadas (casi cuatro veces más que a las doncellas y casi nueve más que a las niñas o las viudas), pero en cualquier caso parecía trazar un itinerario vital completo, susceptible de ser imitado como horizonte biográfico para las mujeres si nos atenemos al menos al título globalizador o a la secuencia capitular del libro. Y no sin cierta paradoja podría observarse cómo considerándose el matrimonio un sacramento, vía de maternidad legítima y estado natural de la mujer, el fraile comenzaba enunciando las razones argumentadas por aquellos que desde antaño lo habían desaconsejado, reactualizando el tópico de la misoginia con la misogamia eclesial<sup>29</sup>. La indisolubilidad del matrimonio, el adulterio, la bastardía, las creencias heréticas, e incluso el amor conyugal o las relaciones sexuales eran sopesadas entre la expresiva cotidianeidad y sus conceptualizaciones canónicas.

Pero el pretexto vulgarizador de las santas virtudes, preconizadas por el catecismo y por los ejemplos singulares marcados en las Sagradas Escrituras, tampoco escondía las más duras admoniciones contra lo que se consideraban locuras y ridiculeces femeninas. Los peinados, maquillajes, manicuras, depilaciones, perfumes y vestidos excitaban las más duras palabras condenatorias por el aspecto disoluto, la vanidad y la ligereza que propiciaban en el trato social, ya que siempre iban acompañados de cierta compostura, lenguaje, maneras y gestos, en un alarde de visualización y presentación pública de las mujeres

*[...] car parlen ab especials maneres, com pus primament poden, e ab especials condeschs en menar lo cap e los labis. Les quals coses aprenen en casa davant lo miral, davant lo qual estaran per spay de una hora o leugua, guardant com los esta: axí girar-se e axí levar lo labi d'amont e, quant se poden polidament, ensenyar les dents, e qual dent és pus beylla, e s pot mills ensenyar, e qual fa mills a pintar<sup>30</sup>.*

Un fenómeno reprensible entre las doncellas y condenable entre las casadas, puesto que bajo el pretexto de agradar al marido y conservar sus atenciones las últimas recurrían a idénticos trucos. Si esta guía espiritual proporcionaba consejos morales según la edad y

<sup>27</sup> Consejos similares, datados en torno a 1393, son los recogidos por A. Turmeda en *El libre de bons amonestaments*, que reúne las buenas enseñanzas del cristiano para divulgarlas mediante la lectura. Son consejos más o menos costumbristas en torno a la lealtad, el amor a la tierra y a la ciudad, los vicios, las relaciones paterno-filiales o conyugales, con referencias misóginas a la hora de tener en cuenta las precauciones que han de tenerse respecto a las mujeres. Para esas fechas Turmeda ya se había convertido al islam y, como otras de sus obras, habría sido redactada antes de pasar a Túnez. Cfr. *Obres menors d'Anselm Turmeda*, pp. 144-159.

<sup>28</sup> Cfr. EXIMENIS, *Lo libre de les dones*, p. XVI-XVII.

<sup>29</sup> Cfr. *Ibidem*, capítulos 21 y 22.

<sup>30</sup> Cfr. *Ibidem*, p. 43. Cuatro años atrás, en el *Terç del Crestià* el fraile ya había hecho referencia a las malas maneras de las doncellas; se había manifestado contra la diferencia de edad entre quienes contraían matrimonio; identificaba enamoramiento con enfermedad y ornamentos femeninos con lujuria; anotaba la introducción de las modas francesas e inglesas en Valencia; y realizaba el primer alegato contra los vestidos femeninos. Cfr. IVARS, A. *El escritor fr. Francisco Eximénez en Valencia (1383-1408). Recopilación de los escritos publicados en la revista Archivo Iberoamericano*. Benissa: Ayuntamiento, 1989, pp. 182-199.

la condición femenina, también se hacía eco de algunos comportamientos y novedades – si no desconocidos en 1388, al menos no tan extendidos como lo estuvieron más tarde–, cuya masificación obligaría a incluir explícitas referencias en los púlpitos. En los sermones pronunciados por san Vicente Ferrer, entre 1412 y 1418, las invectivas contra las mujeres aludían a los efusivos saludos que practicaban o recibían, al cortejo masculino, su exhibición pública en la danza, a los cosméticos, vestidos y otras vanidades que usaban – según allí se indica– para atraer a los varones, las cuales complacían a los jóvenes, aunque lo cierto es que los hombres de menor edad imitaban aquellos refinamientos manieristas, presentándose afeminados –que copiaban la actitud de las mujeres– con composturas y ademanes premeditados<sup>31</sup>.

Por su parte en *Lo somni* de Bernat Metge los comportamientos representados como estereotipos sirven para percibir de una forma distinta aquellas mismas realidades. Si el enamoramiento era abiertamente rechazado por Eiximenis incluso en el seno del mismo matrimonio, el protagonista de este relato lo padecía y, en consecuencia, su discurso se presentaba reivindicativo de la naturaleza femenina, frente a las experiencias negativas narradas por Tiresias y Orfeo.

El viejo, ciego y sabio Tiresias se presenta muy alejado de los intereses y de las vanidades mundanales, entre ellas las mujeres, pues asegura que son causa de numerosas perdiciones y grandes cataclismos. Tiresias reactualiza la más antigua cultura clerical e insiste en la inconfundible culpabilidad femenina, desplegando todos los recursos posibles para desprestigiar a la mujer y renovar el viejo canon que abogaba por el abandono del mundo, el estudio y la oración para los hombres, razón por la que consideraba que el enamoramiento de Metge era propio de ociosos e iletrados<sup>32</sup>. Tras relatar sus experiencias, Tiresias inicia un largo discurso misógino<sup>33</sup>: la mujer es un animal imperfecto, plagado de pasiones abominables, que solo aman su cuerpo y su placer. Cuando envejecen recurren a tintes para el cabello, maquillajes, destilaciones, peinados, depilaciones faciales y perfumes que elaboran con hierbas en sus alcobas como hechiceras. Deja constancia de que todo estudio femenino se dedica a recrear una estética pomposa, con adornos y maneras. Critica los vestidos y los escotes y que, a pesar de su dedicación ante el espejo, nunca queden contentas de su aspecto. Su único fin es que los hombres las contemplen con deseo *besteiant* (bestializante), vayan tras ellas, las adulen y miren sus pechos. Cuando están bien arreadas y compuestas se presentan ante los hombres afeminados –que imitan sus recursos– sobre los que ejercen su señorío, y aquellos se someten. Las solemnidades practicadas cuando van y vienen del baño son innumerables: jabones, aguas, perfumes, etc., las acompañan hasta el lecho y atrapan a los hombres. Una actitud general que forma parte de una estrategia preconcebida con la que sofocar sus lujuriosos ardores.

<sup>31</sup> Cfr. CHABÁS, R. «Estudio de los sermones valencianos de san Vicente Ferrer, que se conservan manuscritos en la biblioteca de la basílica metropolitana de Valencia». *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1903, vol. VIII, pp. 291-295; y también FERRER, V. *Sermons*. Edició a cura de J. Sanchís Sivera. Barcelona: Barcino, 1932, vol. 1, pp. 11-12. Sobre la moda y los gustos masculinos en vestimenta y afeites, que tilda de afeminados, cfr. los extractos del *Terç del Crestià* de F. Eiximenis, recopilados y comentados por IVARS, *El escritor fr. Francisco Eximénez*, pp. 187-188.

<sup>32</sup> Cfr. METGE, *Lo somni*, libro III. Las historias de Orfeo y Tiresias narradas ante Metge y Juan I, p. 208; sobre la particular calificación del enamoramiento, p. 190.

<sup>33</sup> Cfr. *Ibidem*, pp. 206-226.

Siempre dispuestas a hacer el mal a cuantos hombres las rodean, nunca duermen en la noche, pues la dedican a recriminar al marido. Son avariciosas y no rechazan a ningún esposo por viejo, baboso o legañoso que sea, pero al mes enviudan, aunque después de haber engendrado heredero, o fingen embarazos imaginarios con tal de vivir opulentamente. Conocen todas las materias y sobre ellas pontifican sin haberse dedicado al estudio. Las mujeres se ocupan en robar a sus maridos, a recibir cartas de amantes y responderlas, a mostrarse en las ventanas atendiendo a los borregos que las siguen, a presentarse con donaire y buen gesto, a tener secretos, fingirse enfermas para que el marido las deje libres, y otros males infinitos. Aduce que son vanas porque tienen como gran felicidad ser delicadas y lozanas; hablar varias lenguas, recitar canciones y poemas, aducir dichos de trovadores y las epístolas de Ovidio, recitar los amores de Lancelot, Tristán y el rey Arturo; sabiendo ofender y razonar un hecho, así como responder con maneras a quienes con amor las correspondan; y sobre todo lucir las mejillas rollizas y rojas, así como los brazos y los pechos grandes. En conclusión, expone con detalles cómo incurrir en los siete pecados capitales.

Todo el discurso de Tiresias causa gran risa en Bernat Metge, quien replica que esa descripción global de las mujeres no se corresponde con casos singulares. Metge proporciona ejemplos positivos de las mujeres en la guerra, en las artes, en el amor conyugal y familiar; presenta ejemplos de castidad, con apreciación y elogio de los hechos de la mujer en la antigüedad greocolatina y bíblica; enumera ejemplos coetáneos con las demostradas virtudes de las reinas de Aragón, etc. Es decir, defiende la dignidad femenina al reivindicar el decisivo y singular protagonismo que han protagonizado en la historia de la humanidad, de modo que a cada crítica misógina del recalitrante Tiresias apostilla el mayor grado de corrupción masculina, pues Metge aduce que los vicios descritos encuentran en los hombres mayor expresión: apasionados, sucios, pomposos en vestidos y maneras, uso de afeites, lujuriosos que no reconocen a la mujer si no está bien maquillada y presentada, tiranos en el hogar, avaros, soberbios que pasan el mayor tiempo posible fuera del hogar con cualquier pretexto, que dicen conocer todos los asuntos y poseer buenos libros, tan bravucones y miedosos como vanidosos en el amor, pertinaces acosadores de mujeres, etc. Con ello se comprueba también la plena coincidencia de la exposición argumental de Metge con las negativas calificaciones referidas por Eiximenis hacia los hombres. Resultando que uno a uno va desmontando los tópicos femeninos mediante la comparación con los hábitos y quehaceres masculinos, colocando en la misma perspectiva y consideración al hombre y a la mujer<sup>34</sup>. Tiresias acepta las alegaciones pero hace constar que no quitan razón a sus proposiciones, le aconseja que abandone el amor de las mujeres, que se dedique al servicio de Dios y al estudio. Dichas estas palabras los perros y halcones despertaron a Metge de su sueño, devolviéndolo a la realidad de finales del trescientos con la que él mismo había soñado.

Un caso paradigmático en la consideración, primero negativa y después positiva, de la mujer se concreta en las obras de Pere Torroella. Este caballero catalán formado en la corte navarra y en el séquito de Carlos de Viana, que visitó la corte napolitana del Magnánimo y que acabó sirviendo a Juan II de Aragón –soldado, diplomático y

<sup>34</sup> Cfr. METGE, *Lo somni*, pp. 231-245. El enunciado de las costumbres masculinas en pp. 248-258.

poeta— ha sido considerado por antonomasia el cantor laico de la misoginia de mediados del siglo xv, gracias a su *Maldezir de donas*. Sin aportar nada nuevo a lo hasta ahora apuntado, Torroella logró hacerse con fama casi universal al escribir en castellano por vez primera lo que ya estaba muy experimentado en las trovas occitanas y catalanas. De hecho, para consolidar la valoración negativa y general de la mujer se prescindió de la última estrofa de su poema, donde el autor desentendía a su amada de las torpezas con las que calificaba al resto de las mujeres para ensalzarla entre todas ellas<sup>35</sup>. El *Maldezir* de Torroella es anterior a 1458 y sigue la pauta poético-amorosa del desengaño, ya ensayada también por su coetáneo Ausiàs March, con el que se expresa la imposibilidad del amador para acceder a una amada que lo rechaza, un sufrido sentimiento de desdén en quien ha sido repudiado en sus galanteos por los caprichos de una mujer, a la que se acusa de frívola, coqueta, mentirosa y tiránica<sup>36</sup>.

El escándalo causado por el *Maldezir* engendró una genuina retractación del propio Torroella, quien con el *Razonamiento en defensa de las donas*, aclara que fueron los celos y sus deseos de venganza los que promovieron sus primeros versos, razón por la que entonces reivindicó la verdadera naturaleza y las virtudes de las mujeres. Finalmente, en torno a 1477 o 1478 con el poema *Entre las otras sois vos*, dedicado a la reina Juana, hija de Juan II de Aragón y esposa de Ferrante I de Nápoles, renunciaba definitivamente a aclarar y justificar lo escrito contra las mujeres, asumiendo su error.

#### 4 ¿AFIRMACIÓN FEMENINA O PRESIÓN DE LOS JÓVENES PARA ACCEDER A LAS MUJERES?

El debate entre viejos y jóvenes por argumentar la preferencia sobre las mujeres pone de manifiesto una evidente competitividad entre las calidades de los amantes masculinos. La contestación y culminación del *Procés de les olives* con *Lo somni de Joan Joan* significa también que la voz femenina estaba dispuesta a dejarse oír, al menos a través de la pluma de Jaume Gassull, la cual no solo expresaba la abierta disconformidad con los criterios que les fueron atribuidos por los hombres sino también sus apetencias amorosas y sensuales, e incluso —por extensión— el debate presenta de forma contundente los derechos que los jóvenes pretendían anteponer sobre los viejos.

La denuncia interpuesta contra aquellos enumera hasta diez alegatos: la edad los ha desterrado del amor; con su hurón muerto piensan cazar a la tierna liebre; no tienen el empuje necesario de las flechas; no vale la pena descaperuzar su halcón porque está muerto; ofenden la juventud al casarse con jóvenes; lo verde y lo seco son discordantes, en referencia a la edad de la mujer y del esposo, ya que ni la vista ni el tacto gusta

<sup>35</sup> Cfr. TORROELLA, P. *Obra completa*. Edició de R. Archer. Soveria Mannelli: Rubbetino Editore, 2004, pp. 199-248.

<sup>36</sup> Los tres versos misóginos de Ausiàs March demuestran en su amplia obra (10.261 versos) una coyuntural situación: primero, como hombre desengañado ante los cambios experimentados por las costumbres de su época; segundo, como amante despechado y celoso, enfadado con una dama denominada Na Monbohí, a la que califica de peluda, lujuriosa y alcahueta, porque aquella ha escogido a otro amador, un tal Joan, a quien describe con aspecto ridículo; y tercero, como viejo defraudado del amor de las mujeres. Cfr. RIQUER, M. de. *Història de la literatura catalana*. Barcelona: Ariel, 1984, vol. 3, p. 164.

a aquellas; los viejos no merecen mujer joven; no son dignos de ser amados por sus deméritos; no merecen el amor porque no pueden mantenerlo o expresarlo; y cuantos más años tienen menos valen, tanto que por sus deseos incumplidos reciben engaños, pues –según se dice–, si por desastre el caracol alza la cabeza, aquel se presenta hecho un buñuelo<sup>37</sup>. La réplica de Joan Moreno en defensa de los viejos argumentaba que, pese a la vejez, todos los días rebrota la naturaleza en el caracol; que el caballo viejo puede comer buen bocado; que nadie pierde su derecho a ser balletero o flecha; y que los viejos no son muertos. Por otra parte, acepta que los viejos ofenden a la juventud cuando se casan con jóvenes; que si las mujeres ahora conjuradas no desean ser vistas ni tocadas –aduce– ya cambiarán de opinión; asume que aquellas no merecen marido viejo, pero que los viejos son dignos de amar y de ser amados; y que a pesar de que el arco esté flojo todavía sirve para cazar, aunque los viejos son mejores para aconsejar que para la pelea<sup>38</sup>. El proceso concluye con una sentencia inapelable de la diosa Venus: los viejos no habrían de ser ni maestros ni hacedores del amor, y habrían de ceder sus derechos a quienes mejor razón y empeño poseen. Por tanto, les recomienda encomendarse a Dios, ir a misa y no buscar camafeos ni piedras finas, es decir, mujeres jóvenes para el matrimonio. Tras su decretado destierro, la diosa concedía un subversivo poder a las mujeres –viudas, doncellas y casadas con viejos– para que sin perder la dote pudieran acercarse a los jóvenes. Con la algarabía que provocó la publicación de la sentencia Joan Joan despertó de su sueño<sup>39</sup>.

La *Obra feta per als vells* fue redactada en torno a 1485 por el mismo notario, Joan Moreno. En ella el poeta se dirigía a una doncella que querría darse como esposa a un viejo, con lo que él se desesperaba, pues se iba a enterrar más muerta que viva en su domicilio, cuando era bella y gentil, e iba a perder el amor de sus admiradores. Paradójicamente, Joan Moreno, que se había erigido como defensor de los viejos en el *Procés de les olives*, ahora se presentaba escandalizado y versificaba todas las iniquidades de los viejos: con su hacienda eran capaces de comprar carne fresca, y sin poder rendir solaz en el amor –ni merecerlo– se presentaban carnales y con sucia voluntad ante el cuerpo terso de la joven esposa. Además, razonaba que al ser aquellos incapaces de darles placer ellas habrían de buscar a otro para amar. El poeta concluía indicando que era una locura instar matrimonio de viejo con mujer joven, aconsejando a aquellos que mayor cuenta les tendría estar muertos o vivir en soledad que convivir con quien no les iba a querer<sup>40</sup>.

La *Disputa de viudes o donzelles* es un debate poético planteado entre el caballero Jaume Siurana, el médico Joan Valentí y el notario Andreu Martí Pineda, escrito a mediados del siglo xvi<sup>41</sup>. Constituye otro poema colectivo con forma de planteamiento legal que concluye con el recurso a la intermediación de los habituales jueces civiles. En el argumento se presenta al caballero suplicando consejo al médico, para poder

<sup>37</sup> Cfr. *Lo somni de Joan Joan*, pp. 210-217.

<sup>38</sup> Cfr. *Ibidem*, pp. 222-226.

<sup>39</sup> Cfr. *Ibidem*, p. 287.

<sup>40</sup> Cfr. *Obra feta per als vells*. En *Poesia eròtica i burlesca dels segles xv i xvi*. Edició de V. Pitarch i L. Gimeno, pp. 35-42.

<sup>41</sup> Cfr. *Disputa de viudes i donzelles. Comença lo procés o disputa de viudes i donzelles ordenat per los magnífics mossèn Jaume Siurana, generós, i mestre Lluís Valentí, doctor en medicina; amb una sentència ordenada per l'honorable i discret Andreu Martí Pineda, notari*. En *Poesia eròtica i burlesca*, pp. 115-151.

proporcionárselo a un joven y anónimo amigo que iba a contraer nupcias, bien con una viuda o bien con una doncella, según las más prometedoras virtudes de ambas condiciones y según la conveniencia que pudiera derivarse a la hora de adoptar la oportuna decisión, dando pie a un contraste de pareceres. Según el juicio del médico, la discreción de la doncella es superior a la de las viudas porque estas bajo apariencia de afabilidad en realidad son leones indomables, que convierten a los hijos de su primer matrimonio en horizonte vital mientras menosprecian y maltratan a los del segundo. Por el contrario, para el caballero es más dulce y útil la fruta madura que la verde, pues esta última embota la dentadura del joven y el viejo no puede comerla por falta de muelas. Además la viuda ya conoce las reglas de amar y servir, mientras que un pequeño placer con la doncella acarrea mil penas. De ese modo comienzan a enzarzarse argumentos a favor de la doncella y en contra de la viuda o viceversa: la doncella respeta las leyes de Venus mientras que la viuda proporciona constantes discusiones; si la viuda garantiza la constancia y la razón en el matrimonio, quien escoja doncella por esposa ha de tomar bastón para castigarla, etc. Del largo diálogo se puede extraer una colección de tópicos, muchos más negativos que positivos, de la doncella y también de la viuda, que si a la postre se confunden habrían de sopesarse según la edad y el interés del futuro cónyuge.

Desde la perspectiva negativa, a las doncellas se las presenta con el deseo y la razón tornadizos, así como susceptibles de caer en peligros que las deshonen, soberbias, flacas de mollera y sexualmente insaciables. Fingen ignorancia y dulzor, pero copian los vicios con rapidez, adoran a quienes las menosprecian y rechazan a quien las ama y las cultiva. Son deslenguadas incansables, expertas en fraudes y mentiras, difaman al prójimo y nunca consideran sus propios defectos. Envidiosas, gustan de los aduladores, y ninguna se tiene por mala sino todas por gentiles. Nunca se cansan de ser requeridas y de colorearse la cara. Tras abandonar la vida regalada en la casa paterna se presentan desgraciadas en su propio hogar. Buscan hacer bodas con el hombre que las festeja, pero si casan con otro se tornan indóciles y si, por el contrario, casaran con el amado solo lo tratarían de forma benevolente hasta la primera pelea, después de la cual el marido nada puede alegar. No son diestras para atender la casa y son amigas de exhibirse en estrados y de ventanas. No brindan servicio alguno, pasando con rapidez de la impericia a la malicia. En conclusión, las doncellas son tierra no cultivada y, por tanto, exigen múltiples trabajos y tormentos antes de ser sembradas. En la opción contraria la viuda es presentada como Babilonia, pues siempre considera escaso el ardor sexual del marido. Es indomable y no existe maestro capaz de someter a la viuda, pues ellas piensan igualarse con quien es más experto. Siempre lloran al primer esposo porque, según aducen, fue aquel quien realmente las honró. Las viudas son orgullosas y nunca están contentas con segundos empujones.

A los ojos de los hombres la percepción positiva de la doncella deriva de la ascendencia que sobre ella asegura el marido, que como maestro escribe con mayúsculas las letras del amor. Por tal circunstancia ellas son amorosas, aceptan los castigos y golpes, no discuten, callan y aceptan las reprimendas. No lloran por otro que no sea el marido. Por otro lado, las viudas también son valoradas como fruta madura, siempre dulce; son dignas y honran al marido, a quien sirven porque ya están amansadas. Son expertas y no caen en faltas.

El pleito termina cuando las dos partes llegan a un compromiso para escoger dos juristas que diriman la cuestión: micer Guardiola y micer Lluç Ricard, mientras el notario Pineda hace las veces de escribano y después publica el texto. La sentencia rimada comienza con un elogio a la solución arbitral, porque las leyes, fueros y reglas de verdadera amistad obligan a los hombres. Sin embargo, los jueces se muestran unánimes e inflexibles ante las dos partes, porque con sus respectivos parlamentos solo han pintado un retablo de malas mujeres, recreando la impresión de que el matrimonio conlleva para el hombre grilletes y cadenas, con el agravante de que los dos contendientes están casados. En consecuencia, los jueces condenan al caballero y al médico a mostrarse arrepentidos por deshonorar a las esposas. La sentencia es inflexible, salvaguarda a las mujeres, y ambos contendientes quedan obligados a restaurar la fama y la preeminencia de aquellas con nuevas rimas, que los jueces se obligan a publicar, aunque desconocemos si aquellos versos llegaron a componerse. Finalmente, y teniendo en cuenta que la virgen es modelo de virtud, aun condenando a los demandantes, la sentencia colegiada recomienda al amigo deseoso de consejo que es mejor casar con doncella que con viuda<sup>42</sup>.

## 5 LA DOMINANTE MASCULINIDAD

Valeri Fuster en 1556 redactó al menos tres poemas para rondar a las mujeres. En *Cric-Crac* un joven enamorado cortejaba a una doncella hasta lograr la deseada y procaz invitación femenina; en la *Canción muy gentil amb resposta* un apasionado amante requería paso franco a una cortesana para pasar la noche, pero aquella reclamaba el dinero necesario<sup>43</sup>. Y en el tercero Fuster invitaba a las mujeres en general a que tomasen marido: la *Canço de les dones* acreditaba el calor y el bienestar del hogar. No obstante, la mujer ideal contemplada en el seno del matrimonio quedó nítidamente descrita en otra composición coetánea, en este caso del notario Pineda, que elaboró dos series de consejos en sendas rimas para favorecer lo que considera una vida conyugal perfecta<sup>44</sup>. Con dos poemas, uno para los esposos y otro para las esposas, expuso el modelo de comportamiento asimétrico correspondiente a cada género, porque proporcionó, por un lado, la receta para mejorar el trato doméstico y el control de la esposa, frente a una colección de consejos femeninos, por otro, dirigidos a regular su propia actitud y no la relación con el esposo.

Las recomendaciones dirigidas al marido están plagadas por igual de moralismo y de hipocresía. Indican que el consorte debe desvelarse por servir a la esposa y hacérselo saber, si bien nunca debe cumplirse lo que aquella reclame, de modo que aceptando todas sus peticiones estas sean propuestas para mañana. Con paciencia el casado debe

<sup>42</sup> Cfr. *Disputa de viudes i donzelles*. En *Poesia eròtica i burlesca*, pp. 138-151.

<sup>43</sup> *Escrivia Valeri Fuster les presents cobles noves, de la Cric-Crac, juntament amb altres cançons molt gracioses per precs d'alguns amics i amigues, i fa-les estampar en València en l'any MDLVI*. Cfr. *Poesia eròtica i burlesca*, pp. 179-194.

<sup>44</sup> Los títulos de ambos consejos rimados son los siguientes: *Escriu Andreu Martí Pineda, notari, a un son gran amic novament casat*, en pp. 155-163, y *Consells i bons avisos dirigits a una noble senyora valenciana novament casada. Per Andreu Martí Pineda, notari*, en pp. 167-175. Ambos en *Poesia eròtica i burlesca*.

despedirse de la juventud al tiempo que debe comenzar a visitar a los prohombres sabios con los que podrá templar su prudencia. La razón, la magnificencia y el sillón de su hogar le proporcionarán un vivir pacífico, solo alterado por las peleas domésticas, universidad donde los maridos aprenden. El principal objetivo de los consejos consiste en limitar al máximo la movilidad y los contactos de la esposa, dentro y fuera del hogar, así como su exhibición pública sin la presencia tutelar del marido. La esposa no debe visitar ni ser visitada en demasía; cuando salga debe ir acompañada; y cuando él vaya al lecho ella debe seguirle, porque los quehaceres nocturnos no enriquecen la honra. Las visitas a los baños serán pocas, siempre en pareja, sin que intervengan otras personas ni siquiera para las depilaciones. En las cabalgaduras ella solo montará a mujeriegas con el esposo, y sus paseos se limitarán al momento en que goce de la compañía de aquel. No prolongarán excesivamente la presencia en fallas, juegos y danzas, retornando siempre juntos al domicilio. Del mismo modo, asistirán ambos a sermones y oficios; en el día y en la noche de san Juan la vigilancia será más exhaustiva, porque en esa jornada muchos nudos se deshacen. Se deben cantar las mañanitas a la esposa en Navidad; en Jueves Santo la mujer visitará solo unas pocas iglesias porque en esa fecha ellas tienden a enloquecer; avisa del cuidado necesario en las fiestas de *porrat* (con indulgencia y fiesta anexa) porque los buenos deseos desaparecen con las libertades; las justas y los toros deben ser contemplados desde la terraza. Se evitarán los paseos por la Albufera y por el puerto de Valencia, porque a quienes allí concurren solo les place el vicio, mientras que los visitantes ocasionales pierden la virtud y la vergüenza. Por supuesto, el marido pondrá freno a afeites, maquillajes y a los grandes escotes en los vestidos, ya que estos aderezos solo se emplean cuando la mujer se muestra en público, es decir, para ver y para ser contemplada, momento en que las miradas engendran las preguntas y –según se dice– si truena después lloverá.

Dentro del hogar las relaciones con el servicio deben ser afables: moza discreta y mozo de poca edad. Se evitarán las visitas de viejas o de hipócritas, pues socavan la credibilidad de las mujeres honradas, y en temas matrimoniales no hay que hacer confidencias. Aconseja dilatar al máximo el contacto sexual de la pareja, aunque ella lo solicite, y, cuando se acepte, se deben evitar congojas y gritos, mostrando poca salud, dado que las mujeres son insaciables. Para esquivar los pensamientos desvergonzados la esposa no debe estar ociosa, debe hilar o tejer en casa, donde prácticamente permanecerá recluida, puesto que las ventanas habrán de cerrarse con llave y todo contacto con el exterior vendrá de la mano del marido.

Los consejos ofrecidos a una mujer casada se sirven de dichos y proverbios que reiteran los tópicos misóginos con objeto de conservarla virtuosa y honrada, pero no mediante el recurso a la moral católica sino a las razones sociales que sostienen el recato<sup>45</sup>. Evitar ser objeto de los comentarios de la gente, ir sobre aviso, regirse discretamente y por el buen entendimiento son los primeros consejos que se proporcionan, ya que si se yerra una vez resulta muy difícil recuperar la gracia, siendo necesario trabajar en la

<sup>45</sup> Sobre la corrección que el esposo debe ejercer sobre la mujer ya se había extendido EIXIMENIS, F. *Terc del Crestià*. Edició de M. de Barcelona i N. d'Ordal. Barcelona: Barcino, 1929, vol. 1, caps. XCIII-XCVII, pp. 267-280.

conservación de una buena imagen pública para que los buenos honren a la esposa y los malos no puedan deshonrarla. Por ello se aconseja huir de los extremos en el vestir; rechaza el gusto femenino por la moda y por lo nuevo, pues muchas mujeres empeñan en verano lo que visten en invierno con el fin de mostrarse con prendas de último grito, motivo que arruina la hacienda familiar incluso entre las esposas más castas.

Sugiere permanecer en la casa para no exponerse y conservar la honra limpia, porque «mujer y gallina que se mueven mucho, ... se pierden». Incluso la asiduidad a sermones y los sagrarios con el fin de ganar perdones son ocasión de groserías, tanto en veladas como en santuarios, razones por las que aconseja asistir a misa pero también que viudas, doncellas o esposas guarden la casa. Hilando, cosiendo y rezando, evitando el ocio y la pereza, se aumentan la honra, los bienes y la fama. Desestima pisar cardos y hierbas porque crecen junto a las fuentes, los huertos o los poblados de barracas, lugares de los que hay que abstenerse; también rechaza los juegos de toros y las farsas, porque en tales ocasiones acechan los galanes. Recomienda no pasar nunca por el mercado los jueves, sobre todo a la puesta de sol, pues aunque nada se haya comprado seguro que ellas venden la vergüenza al exhibirse; también avisa contra las visitas de personas sucias con las que la honra de la esposa quedaría difamada. Es aconsejable retirar las sillas del lugar de trabajo o de la estancia para que el visitante quede en pie y, cansado, termine marchándose. En caso contrario se aferrará al lugar y echará raíces. Aduce que es mejor hablar poco y con reservas, escuchando las confesiones de otras personas pero nunca mostrar las propias. Los versos culminan con una moraleja: si los consejos dados hubieran enojado a las esposas, las remite al adagio popular en el que se indica que quien te ama te castiga.

## 6 LA MALA MUJER: LA MUJER TEMIDA

El *Col·loqui de les dames*, es una obra anónima conservada en una compilación barcelonesa de finales del siglo xv, cuya redacción ha sido datada en torno a 1485. Allí se expresan de forma desvergonzada los tópicos sobre la mala mujer, independientemente de su condición social o civil, mediante la charla entre una dama de alta cuna, una beata y una viuda, que se encuentran en los oficios del Viernes Santo en la catedral de Valencia. Estas, en vez de atender al sermón, se enzarzan en una conversación en la que critican sin piedad a todos los que las rodean, al vecindario y a las mismas contertulias en cuanto se han ido marchando. En un rincón oscuro un anciano escucha aquel parlamento sin desearlo, queda avergonzado y es quien presenta el coloquio<sup>46</sup>.

La pòmposa casada, que se muestra engalanada con todos sus arreos, comienza anunciando que su linaje ha estado en todos los hechos de armas y que ha desempeñado todas las magistraturas ciudadanas, razón por la que goza de haberes y favores, situación hegemónica que le proporciona aduladores y, al mismo tiempo, la convierten en la envidia de monjas y beguinas. Describe los pormenores de su cuerpo para manifestarse bella,

<sup>46</sup> Cfr. *Col·loqui e raonament fet entre dues dames, l'una dama casada, l'altra de condició beata; al qual col·loqui s'aplica una altra dama vidua; lo qual oït per un vellet, fons descrit per ell lo raonar de quiscuna, començant a parlar ell en estil de semblants paraules*; cfr. *Poesia eròtica i burlesca*, pp. 45-94. Sobre su supervivencia, conservación y datación, cfr. *Ibidem*, p. 10.

recomponiendo con detalle el ideal estético y erótico del momento; después enuncia su ajuar doméstico para hacerles saber que posee todas las comodidades que pueden concebirse, aunque confiesa a la beata que vive triste, abrasada por el deseo y, a la vez, desdeñada por su marido. Con metáforas plantea su profunda insatisfacción sexual, dado que el marido actúa como un hombre viejo (se acuesta borracho y no la solicita), tema circunstancial que le da pie para calificar de cornudo a un feligrés próximo.

La beata le da la razón y asegura que, tan solo con los amantes de la mujer que entra en ese momento por la puerta de la catedral, podría derrotarse a los turcos; que la otra no morirá de angina, pues practica una intensa terapia, al beber vino día y noche; percibe que un hombre es un pendenciero por la cicatriz de su cara; dice que una joven va pintarrajeada en vez de maquillada, y que un joven próximo tiene una prima prostituta, la cual nunca parió de su marido. En un alarde de prepotencia la beata confiesa que tiene en su poder recetas para abortar o no concebir, razones que le procuran los halagos de las jóvenes, conociendo ella todos sus secretos y evitando así que la difamen. Se presenta como insustituible ayuda de cámara de una vizcondesa, capaz de aderezarle los cabellos o de prepararle sustancias para apagar los deseos sexuales de los más bravos; también como poseedora de un arte que le enseñó su madre, supuestamente la reparación de virgos; y asegura que le gusta el buen vino griego y que nunca se disciplina ni usa cilicios<sup>47</sup>. Además critica a la mujer que tiene detrás por tener los pechos grandes como ollas y que, como cerda, amamanta a los hijos de otras. Ataca a los canónigos de la catedral, a quienes quemaría junto al obispo –declara– porque nunca dicen las horas y son impuntuales en las misas, aunque sí se rodean de manjares. Es más, el decano de la catedral, que –según se dice– tiene un buen atributo sexual, le insiste desde hace más de tres años para conseguir sus favores. Según sus palabras, los capellanes son maestros del sexo y no existe ninguno sin mancha, salvo el rector que tiene más de quinientas, y dos hijas lujuriosas que practican artes mágicas.

Contesta la presumida casada que aquella otra mujer tiene los pechos hinchados, que parece más viuda que doncella, y que con sus veintinueve años ya no pasa por joven, aunque lo intenta con afeites y cosméticos. También aclara que mostrándose tan mal vestida más parece el dragón del Corpus, que es sucia y que no ayuna ni de piojos ni de vino. Entonces es cuando identifica a quien la acompaña, que no es otro que quien limpia las tuberías a las monjas madalenas: el hipócrita, falsario y ladrón del vicario parroquial.

En ese punto de la charla llega la viuda, alegando que huye de la compañía de las viejas (*velles*) para acercarse a las más bellas (*belles*). Se presenta diciendo que nada pasa en la calle que ella no sepa, razón por la que las alcahuetas le han obligado a cambiar de lugar y, de hecho, le han acusado de espantar a dos mercaderes que estaban al lado, a quienes califica de viles, cornudos y sodomitas, pues no la han saludado cuando el verano pasado les hizo el favor de prestarles la terraza de su casa. Por ese motivo está malhumorada y

<sup>47</sup> Independientemente de la consideración y trascendencia espiritual y ética sobre las beguinas en la renovación de los cánones de la religiosidad bajomedieval, fenómeno bien estudiado en la geografía europea e hispánica, conviene reseñar aquí tan solo la imagen profundamente negativa que recogió la literatura masculina. Por ejemplo, cfr. la analítica colección de referencias presentadas por A. Hauf en el estudio preliminar a la obra de POU Y MARTÍ, J. *Visionarios, beguinos y fraticelos catalanes (siglos XIII-XV)*. Alicante: Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1996, pp. 17-39.

piensa difundir todo lo que sabe y ha callado hasta entonces, lo que va a producir tan grandes cataclismos que se oirán en Moya (Cuenca), pues Valencia parecerá Troya.

Planteado el coloquio en esos términos se caracteriza a los tres personajes con una extraordinaria vanidad, soberbia y orgullo, en base a las experiencias y haberes adquiridos: la beata como insustituible mediadora sexual, hechicera y alcahueta de las jóvenes en la más pura tradición literaria; la viuda como una amargada que muestra su interés por ser objeto de cortesías y de requiebros masculinos sin conseguirlo; la casada como irrefrenable gustadora de placeres, bailes y danzas, donde convertir su belleza en elemento central de las reuniones sociales. Cada uno de estos malignos estereotipos expresa además, con malintencionado chismorro, acusaciones hacia todos y cada uno de los presentes en los oficios: con cinismo señalan los defectos y critican la apariencia; hablan de los amores ilícitos y de sus vicios; de preñadas y de abortos; de las formas de enviudar; de sus relaciones sexuales con sacerdotes; etc. Y cuando el anciano les recrimina que asisten en el interior de la iglesia a una celebración luctuosa y solemne, ellas se mofan de sus atributos seniles, lo insultan y lo amenazan de muerte.

En cuanto acaba el oficio marcha la casada, permitiendo a la viuda criticarla sin piedad en sus modales, maneras y orgullo, envidiando el porte y las posibilidades de la ausente. Cuando se despide la viuda, la beata queda murmurando un soliloquio sobre aquella en el que ridiculiza su aspecto y comportamiento pretencioso, ya que desearía atraer a los hombres cuando ha perdido el atractivo de la juventud. La soledad de la beata se interrumpe cuando aparece el capiscol de la catedral, quien se presenta y la corteja. La narración concluye con la despedida del viejo, que se marcha a toda prisa para que aquel escandaloso coloquio no termine refiriéndose a él.

## 7 DE LAS CONCLUSIONES POSIBLES A LAS PROBABLES

El matrimonio, la mujer y el sexo, la obsesión por la juventud y el disfrute de los placeres y el amor, así como los requerimientos corteses o las precauciones a adoptar ante las féminas, constituyen una constante en esta literatura elaborada por clérigos y laicos, por ciudadanos y caballeros que, como nutrida representación de la sociedad urbana que la concibió y la difundió, contó con buen número de notarios, escribanos, estudiantes, médicos e incluso algunos maestros artesanos. No puede considerarse extraño, por tanto, que en esta *Querrela de las mujeres* la retórica y el vocabulario resultaran fundamentales para debatir y convencer a los contrarios, ni que los paralelismos judiciales fueran tan numerosos, siendo evidente la voluntad cómica de imitación de formularios y pleitos a los que tan acostumbrados estaban estos poetas ocasionales, dedicados a la notaría, a la administración o a la gestión política, aspecto que entronca también con las disquisiciones sin solución de *Lo Somni* de Metge, de la *Disputa* de Turmeda o con el contraste de opiniones en el anónimo *Colloqui de les dames*.

Los autores también presentan unas coordenadas coherentes: Bernat Metge era hijo de un especiero barcelonés que hizo carrera en la cancillería a través de la mediación de su padrastro. Anselm Turmeda descendía de una familia acomodada de Mallorca y aunque

formado entre los franciscanos renegó de su credo, bien por su inspiración averroísta, goliarda o confesional. Jaume Roig era hijo de médico y nieto de notario, habiendo desempeñado sucesivos cargos profesionales vinculados a la administración valenciana. Jaume Gassull estrenaba la condición de caballero en su linaje después de que su padre, ciudadano de Valencia, ejerciese de secretario en la corte de Alfonso el Magnánimo. Narcís Vinyoles ocupó sucesivas magistraturas municipales, políticas y administrativas. Pere Torroella descendía de una familia de caballeros, hacendados en La Bisbal, raíz rural pronto olvidada para vincularse a la corte real. Y Joan Timoneda era hijo de maestro curtidor, curtidor él mismo y padre de sedero, que supo reconvertirse a tiempo en editor de libros y poeta. Todo un conjunto de profesiones liberales y artesanales, o de rentistas, que significan con sus quehaceres los gustos de la sociedad civil cuatrocentista, recreando de forma particular en sus escritos –rosas y amarillos– los usos, los anhelos y los temores de la época. Entre aquellos, llaman su atención las novedades que introducía la modernidad, especialmente las actitudes vitales extendidas entre las féminas desde los últimos años del trescientos, presentadas siempre de forma irónica y sarcástica con el relato de historias mundanas en torno a una temática picante, procaz y galante, sin desdeñar incursiones estilísticas en la fábula, en la imitación de los clásicos latinos, o en la inventiva de creativas rimas.

Los textos fueron producidos, leídos y consumidos en los ambientes acomodados de grandes ciudades bajomedievales, con singular protagonismo valenciano, tal y como documentan las mismas composiciones. La comicidad se conjugó con descripciones realistas de los ambientes y de las situaciones, e incluso los relatos recrean y atacan estereotipos humanos, según convenga, con actitud alegre, con un humor grotesco o con una metafórica referencia a la sexualidad. En ningún caso esa temática considerada banal estuvo exenta de carga moralizante, demostrando el profundo calado del discurso eclesial tradicional, bien difundido por Francesc Eiximenis o Vicent Ferrer en sus obras y sermones, como también resultaba acorde con la línea ética de las ordenanzas y pregones de los magistrados municipales, sobre todo en lo tocante a las buenas costumbres y a las relaciones decorosas entre el vecindario. Las obras presentan, pues, cierto talante lúdico y a la vez didáctico, gracias a las actitudes de unos personajes entresacados de la sociedad coetánea, que los autores movían en clave humorística entre el bien y el mal.

Hemos de pensar en un uso social mayoritariamente oral de esta literatura, muy frecuente en las reuniones y tertulias del momento. Podemos intuir su difusión e imitación entre los restringidos cenáculos de letrados o alfabetizados, pero tampoco podemos obviar la presumible abundancia y fluido intercambio de esta característica producción de poemas dialogados, a veces corales, unas composiciones de consumo, de ocio vespertino y –en su mayoría– de vida muy efímera, de las que difícilmente ha podido conservarse una mínima proporción a través de copias manuscritas, llevadas a la imprenta solo de forma excepcional en torno al cambio de siglo. En 1496 Narcís Gual copiaba en Barcelona para uso personal una buena selección de estas y otras composiciones que habían sido mayoritariamente redactadas en la ciudad de Valencia durante la década precedente, significándose así la notable circulación de estos escritos, que terminarían conformando su *Jardinet d'orats* (Jardincillo de locos) como selecto cancionero. Del

mismo modo, Joan Timoneda escogió, modificó a su gusto y añadió sus propios poemas a los textos que conformarían su *Flor d'enamorats* en el ambiente valenciano de 1530, pero solo lograron ser impresos en Barcelona treinta años después. Los versos del mismo Ausiàs March, fallecido en 1459, fueron conocidos por un reducido número de lectores hasta las ediciones impresas de 1539 y 1543<sup>48</sup>.

Si el repertorio de ilusiones literarias resulta homogéneo en temas, autores y recursos estilísticos al contar con un mismo telón de fondo, forzando los límites de lo posible podríamos considerar como más que probable que esos textos se hicieran eco y cargo del extraordinario peso cultural inherente a aquella organización social, propia del mundo urbano, en la que las relaciones entre sexos constituían un elemento básico<sup>49</sup>. Si las mujeres desdeñaban las pretensiones de los viejos, era porque las realidades sociales y demográficas de la época atestaban una considerable diferenciación de edad entre los cónyuges. Los prohombres con haberes patrimoniales accedían al matrimonio después de heredar los bienes paternos, ya con una edad considerable, expresando sus preferencias entre las posibilidades que se les presentaban en el mercado matrimonial: la doncella o la viuda. En el primer caso, la edad de la futura esposa era notablemente inferior y se encontraba en una situación de evidente desventaja, tanto por su inexperiencia como por la ascendencia moral que legitimaba al marido. La diferencia de edad entre los consortes acentuaba el temor a amores clandestinos y, sobre todo, a la manifestación explícita y femenina de independencia paterna o conyugal que suponía el enamoramiento extramatrimonial.

Mientras que en el segundo caso, el atractivo que ejercía la viuda, derivaba irremediadamente de la anterior situación, pues los años de diferencia con el primer esposo garantizaban su supervivencia en el matrimonio, en una situación generalmente muy asequible para contraer segundas nupcias, lo que avalado por la conservación de la dote —aumentada por una parte de la herencia o por la gestión íntegra del patrimonio familiar hasta que se lograra la mayoría de edad de los hijos— atraía a nuevos pretendientes. Si se considera que entre las clases acomodadas la lactancia se encomendaba a nodrizas, con ello resultaba un incremento de las posibilidades de nuevos embarazos. Por el contrario, en los grupos artesanales la dedicación laboral o las necesidades económicas fomentaban la contratación de los hijos, en talleres o en el servicio doméstico de familias con mayores recursos, con el fin de minorar las cargas familiares y también de consolidar unos haberes

<sup>48</sup> Cfr. *Poesia eròtica i burlesca*, pp. 9-10. En 1561 Onofre Almudever editaba en un único volumen, titulado *Cançoner satíric valencià*, buena parte de las obras referenciadas, señalando la coherencia temática y cronológica del género literario. Cfr. MIQUEL I PLANAS, R. *Cançoner satíric valencià dels segles XV i XVI*. Barcelona: Biblioteca Catalana, 1911. Sobre los heterogéneos contenidos poéticos (religiosos, amorosos o clásicos) del manuscrito de Narcís Gual, cfr. PELAY BRIZ, F. (ed.). *Jardinet d'orats. Manuscrit del segle XV (fragment)*. Barcelona: Joan Roca y Bros Editor, 1869. También cfr. la introducción de J. FUSTER a TIMONEDA, *Flors d'enamorats*, pp. 10-13 y 24-26; y MARCH, A. *Poesia*. A cura de Joan Ferraté. Barcelona: Edicions 62—La Caixa, 1999, pp. 12-13 y 24.

<sup>49</sup> Cfr. «Història i gènere: a propòsit de dues Històries de les dones». *Revista d'Història Medieval*, 1992, vol. 3, pp. 163-202. Sobre el régimen demográfico y el modelo familiar vigente en la Valencia del siglo xv, cfr. IRADIEL, P. «L'evolució econòmica». En *Història del País Valencià*. Barcelona: Edicions 62, 1989, vol. 2, pp. 274-275. Sobre la situación diferencial de la mujer, cfr. IRADIEL, P. «Familia y función económica de la mujer en actividades no agrarias». En *La condición de la mujer en la Edad Media*. Coloquio hispano-francés. Madrid: Casa de Velázquez—Universidad Complutense, 1986, pp. 235-258.

suficientes para los jóvenes que constituirían futuras parejas. Sin embargo, el muy extendido servicio doméstico, y el cobijo de jóvenes bajo el techo de un patrón, acarrea dificultades de convivencia, sospechas de hurtos o de mayores peligros, cuando el esposo acechaba o frecuentaba a la sirvienta.

Podemos conjeturar que en el imaginario masculino la mujer casada era considerada propiedad del marido, pero en los niveles sociales elevados aquella se mostraba poderosa, indómita y ufana. Ante la perspectiva de esponsales la doncella de buena posición constituía el horizonte de mayores expectativas, pero la viuda podía proporcionar seguridad, ya que muchas de ellas habían reconvertido la dote o la herencia en renta garantizada mediante la compra de censales públicos. Finalmente, la absoluta independencia de la beguina o de la beata –como la de los clérigos y frailes– las convertía en un paradigma de libertinaje sexual, sin compromisos ni obligaciones domésticas o matrimoniales, lo que favorecía su descrédito pero a la vez incentivaba su atractivo. Por otra parte, en el reiterativo discurso en torno a la incuria y maldad innata del género femenino se trasluce la notable situación conseguida –ya entonces– por la mujer, dado el interés moral por condenar, poner freno a aquella situación y volver a un presunto pasado en el que no existieron tales desafueros. La larga lista de recriminaciones misóginas demuestra el grado de notoriedad y de cierta autonomía femenina en aquella sociedad urbana, así como una hegemónica presencia social ante las miradas de los hombres, demostrada en los referidos hábitos y criticadas costumbres, que precisamente por su reiterado enunciado ratificaban su éxito y su difusión social en aquel tiempo. Puede deducirse, por tanto, que fue la generalización de las novedades la que engendraba los reproches, e incluso puede aventurarse que uno de los más fundamentados indicios de manifestación pública de la feminidad, o de la identidad femenina, se sostenía en la creación de una imagen y de unos modales concretos para ser usados en las relaciones sociales, los cuales eran capaces de gestar un contradictorio posicionamiento masculino, bien de atracción bien de rechazo.

El gran conflicto entre géneros, expresado mediante sueños y ficciones, surgía del contraste entre la preocupación masculina por el control y el expreso deseo femenino de comunicarse, salir al exterior, visitar y ser visitada, lo que subraya una vez más la importancia de las reuniones sociales, del contacto público y del esparcimiento para afirmar la persona, la opinión y la identidad femenina en la Baja Edad Media. Una actitud que topaba con los perennes cánones eclesiales y sociales, anclados en el tópico del enclaustramiento domiciliario bajo la excusa de preservar la honra, lo que ya no cabía en un mundo urbano cosmopolita, abierto al movimiento de ideas, modas y personas, así como a la creciente densidad de las relaciones sociológicas, incluidas las de género, que acentuaban todavía más la percepción de una consciente actitud subversiva de la mujer por el abandono del hogar. Ellas, en cambio, preferían mostrarse deseables, emperejiladas y sin cortapisas, con una sensual coquetería que todavía las presentaba más fascinantes y seductoras ante la perpleja mirada de los hombres.